

que la evolución de nuestro pueblo se ha visto sometida, imprime, nueva máscara de hierro, su sello de desencanto y su perfil áspero, duro. La repetición de la tragedia, la sangre fresca vertida sobre la sangre árida, el estupor de las conciencias entre las pasiones, recuerda, más que el desenfreno de las Rancantes, el paso desolador de las Walkirias. Sin embargo, a través de la oscuridad con que los vapores de la fragua ensombrecen el ambiente en que se forja, algo fulgura ya de la espada mágica de Sigfrido: una esperanza de redención, el clima de una dicha futura, acaso todavía lejana, pero cierta.

El paisaje que el espejo de esa hoja de acero devuelve, como un eco brusco de luz, no es—naturalmente—el de una siesta larga y suave de Corot. Tampoco el húmedo y espesamente fecundo de la campiña flamenca, recreada por Ruysdael. Menos aún el horizonte de una de esas academias admirables de Claudio Lorena, en que las formas, como las palabras en un bello discurso, crean su propia retórica, su orden, en una atmósfera de claridad indivisible, sólida. Pero, el espectador menos exigente, el menos comprensivo—y ¿no fué Mme. de Stael quien acuñó, en una hora feliz, esa máxima tan humana: "tout

---

*estados, en el tiempo, con una red más o menos cauta, realice precisamente en la obligación de sacrificar las admiraciones y aún, a veces, las propias preferencias, con el propósito siempre vano de estrechar dentro de una sibieta deficiente un movimiento espiritual, solo susceptible de captarse dentro de las fronteras que el gusto le marca. De todas las clasificaciones que, al efecto, se usan, la menos artificial resulta, acaso, la que pretende reunir, en el recinto de una generación, los nombres, las pasiones y las obras que le interesaron. El presente estudio no tiene otro propósito ni ambiciona otro fin.*